

LIBRO II.

DEL ALMA DEL HOMBRE.

CAPÍTULO I.

Espiritualidad del Alma.

§ 1.

137. PREG. ¿Á qué se reducen la mayor parte de las disputas agitadas en todos tiempos por los filósofos sobre la *espiritualidad del alma*?

RESP. Á decidir si la materia es capaz de pensar ó no.

138. P. ¿Y es cierto que la materia no puede pensar, ni ser elevada á este grado de perfeccion y de excelencia¹?

¹ Este es el sistema de Locke. Este filósofo, para adquirir el mérito de llevar una sentencia particular, y formar, digámoslo así, el escalon entre los materialistas y sus contrarios, empieza demostrando que el alma humana es una sustancia espiritual, principio ó sujeto del pensamiento, y que la materia no puede pensar por sí misma en virtud de sus facultades ó propiedades naturales. Pero luego pretende ó sospecha, aunque sin dar prueba alguna de su sospecha ú opinion, que no repugna que Dios, obrando con su omnipotencia absoluta, dé á la materia la *Facultad sobrenatural de pensar*: mas, ¿á qué puede ordenarse ni se dirige esta sospecha aventurada sino á destruir ó hacer sospechosas todas las *pruebas filosóficas* que se puedan dar de la espiritualidad del alma humana, y á preparar de este modo los espíritus para que no se horroricen tanto de la idea absurda del materialismo? Locke no es sin duda materialista, pues que adopta y demuestra la *espiritualidad* del alma humana; pero atribuyendo, como atribuye, á la materia la facultad sobrenatural de pensar, favorece algun tanto mas de lo que debiera la opinion ó error de los materialistas, por lo menos

R. Cierto es: ya hemos demostrado (l. 1, c. 2, art. 3) que la materia no tiene en sí facultad de moverse (pues que es inerte), y que todo el movimiento proviene en ella de una causa extrínseca. Ahora bien, ¿cuánta distancia no hay del movimiento al pensamiento? Aun cuando pudiera moverse, no por eso se podría inferir que pensase: pues si no puede lo uno, que es menos, ¿cómo podría lo otro, que es mas? Por esto solo se puede venir en conocimiento de la improbabilidad del sistema de los materialistas. En efecto, todas las ideas que tenemos de la materia, concurren á representárnosla como una *sustancia puramente pasiva y extensa*; y los mismos filósofos así la definen. ¿Pues qué tiene que ver el pensamiento con la extension? Un sér puramente pasivo, que fuese una inteligencia, y formase pensamientos, y tuviese la incomprendible actividad del espíritu humano, es un absurdo ridículo: y un filósofo no debè establecer ridiculeces, ni absurdos.

139. P. ¿Pero eso seria poner límites á la omnipotencia de Dios, negándole el poder de criar ó producir una materia capaz de pensar?

R. En manera alguna: Dios no puede hacer lo que repugna y envuelve contradiccion: negarle este poder, no es negar su omnipotencia, sino establecer su sabiduría; así como no lo es decir que no puede hacer que el círculo sea cuadrado, ó que tres y dos no sean cinco. Poner en Dios contradicciones, é ideas que mutuamente se destruyan unas á otras, seria insultar su suprema majestad, y esparcir dudas sobre la fe de su omnipotencia.

140. P. A pesar de todo, y de esas propiedades conocidas de la materia, que parece repugnan al pensamiento, ¿no ha habido filósofos que han admitido la posibilidad de una materia capaz de pensar?

R. El inglés Locke, y el francés Voltaire se han afanado por acreditar esta idea; pero con poco fruto entre los sabios. Locke, con ocasion de su libro, fué ensalzado hasta las nubes por los materialistas, y encomiado como

la de aquellos *materialistas moderados*, que sin querer excluir de la naturaleza el Espíritu increado y criador (Dios), se contentasen con excluir de ella los espíritus criados.

un ingenio profundísimo; pero el caballero Ramsay, que conocia bien á los hombres, y particularmente á Locke, forma un juicio bien diverso. «Locke, dice en su carta » á Racine, genio superficial, que ha escrito mas bien » unos elementos de filosofía, que profundizado y exa- » minado á fondo sus principios, era á lo que entiendo, » un sociniano decidido. Cuando la autoridad no guia á » un filósofo, regularmente se extravía.»

141. *P.* ¿Y sobre qué fundaban estos filósofos su opinion?

R. Únicamente en que no conociendo nosotros bien la esencia de la materia, no podíamos decidir lo que le convenia ó no le convenia.

142. *P.* ¿Y es sólido este fundamento?

R. Como si yo atribuyese á las cosas que no conocemos perfectamente, cualidades ó propiedades opuestas á las que en ellas seguramente se conocen. «Yo no » conozco, dice á este propósito un hombre de mucho » ingenio; todo lo que tienen metido allá en su cabeza » Locke, ni Voltaire; pero seria un ridículo, si creyese » que era un monton de piedrecillas cuadradas, ó re- » dondas.» Debemos sin embargo hacer justicia á Locke; á pesar de las dudas que ha excitado sobre este punto, tributó al fin homenaje á la verdad, y demuestra la incompatibilidad entre la materia y el pensamiento. «Pa- » rece (l. 2, c. 23) con toda evidencia, dice él, que » pues no tenemos mas idea de la materia, sino como » de una cosa en que subsisten varias cualidades sensi- » bles que hieren y afectan nuestros sentidos; del mis- » mo modo, no bien hemos supuesto un sér en el cual » se hallan pensamientos, conocimiento, duda, etc., se » excita en nosotros la idea de una sustancia espiritual, » tan clara como lo es la del cuerpo.» «Es imposible, » añade en el lib. 4, c. 10, concebir que la materia pueda » sacar de su seno el sentimiento, la percepcion, el co- » nocimiento. Divídase la en cuantas partes se quiera, » désele todos los movimientos y figuras que mas ágra- » de, estas partes infinitamente pequeñas no obrarán de » diverso modo en los cuerpos de una mole á ellos pro- » porcionada, del que obrarian en cuerpos de una pul- » gada ó de un pié de diámetro. Las partes de una pul-

» gada ó de un pié de diámetro lo que harian seria to- » car ó impelerse las unas á las otras, y nada mas (pues » no es mas del resorte de la materia); y las pequeñas, » pregunto, ¿tendrian mayor poder? Ciertamente que » no...» «En fin, concluye el mismo, el movimiento » no puede producir el pensamiento, y será siempre » tan sobre las fuerzas del movimiento y de la materia » producir el conocimiento, como es sobre las fuerzas de » la nada producir la materia¹.»

Voltaire en un diálogo que figura entre Lucrecio y Posidonio, vuelve, como Locke, al sentimiento comun, segun el cual casi tan frecuentemente se explica, como lo deja. Oigámosle.

Posidonio. Sin duda convendreis conmigo en que no hay verosimilitud alguna en que una roca hubiese podido componer la Iliada: y bien, ¿os parece que lo podria hacer mejor un rayo solar? Imaginad este rayo cien mil veces aun mas tenue, rápido y sutil de lo que lo es; ¿esta tenuidad, sutileza, rapidez, ó velocidad serian nunca sentimientos, ni pensamientos?

1 Estas palabras de Locke, bien percibidas, dan una demostracion de que repugna que la materia piense. En efecto, en la idea de la materia no vemos ni concebimos mas que una sustancia *extensa*, susceptible de *configuraciones* diferentes, y capaz de tener todas las modificaciones posibles de *movimiento*: luego si la materia piensa, ha de ser ó en virtud de su naturaleza, ó de sus configuraciones, ó en virtud de su movimiento: es así que no puede por ninguno de estos respectos...: no *en virtud de su naturaleza*, ó *precisamente como materia*; pues si así fuese, pensarían un pedazo de mármol, de madera, tierra, etc., pues todos son materia: no *en virtud de sus configuraciones*; pues la configuracion de la materia no dice mas que la extension mayor ó menor, terminada de este ó de aquel modo, y nada de esto es el pensamiento, al cual nadie le ha concebido jamás plano, convexo, redondo, etc.: tampoco *en virtud de su movimiento*; pues no siendo este mas que el tránsito de un cuerpo de un lugar á otro con diferentes grados de velocidad, direccion y combinaciones, un monton de cieno transportado de un lugar á otro con mas ó menos velocidad, pensaria: todo lo que es un absurdo: atribuir la facultad de pensar á la mayor velocidad de un cuerpo, es otro no menor, pues entonces una bala de cañon por ir tan velocísima se haria inteligente. Concluyamos pues, que es imposible á la materia el pensar.

Lucrecio. Acaso lo serán cuando se reciban, ó estén en órganos preparados.

Posidonio. ¿Con que venimos á parar en un *acaso*, en un *puede ser*? El fuego de sí no puede pensar mas que lo haria el hielo, ni la nieve. Pero aun cuando yo quisiera suponer que el fuego ó la materia ígnea es lo que piensa, siente, tiene deseos, y una voluntad, vos estaríais obligado á confesar que no es, ni tiene de suyo esta voluntad, esas sensaciones, estos pensamientos.

Lucrecio. Bien, no será *de sí*; pero lo será por la union de este fuego, y de mis órganos.

Posidonio. ¿Cómo podeis imaginar que de dos cuerpos que separadamente no piensan, reunidos resulte el pensamiento?

Lucrecio. A la manera que un árbol y la tierra separados no llevan fruta; pero la llevan, plantado que es el árbol en la tierra.

Posidonio. ¿Quién no ve la diferencia? El árbol tiene en sí la semilla y gérmen de la fruta, como palpablemente se ve en sus capullos y botones; el jugo de la tierra no hace mas que desarrollarla; ¿pero el fuego, y la materia ígnea?... Para que la comparacion fuese adecuada, deberian tener en sí el gérmen del pensamiento, que despues desarrollasen los órganos.

Lucrecio. ¿Pues qué encontráis en ello de imposible?

Posidonio. Encuentro que este fuego, ó esta materia ígnea, aunque se redujese á una quinta-esencia, no tiene en sí mas disposicion para pensar que tiene una piedra de la calle: la producción de un sér debe tener alguna semejanza con el que le produce; y un pensamiento, una voluntad, un deseo, un sentimiento, etc.: ¿qué tienen que se parezca á la materia ígnea?

143. *P.* Pues que el dominio de la materia diariamente se dilata por los fenómenos que nos presentan la electricidad y magnetismo, ¿no se puede esperar tambien que tarde ó temprano se descubrirán en la materia propiedades hasta ahora desconocidas, que la aproximen al pensamiento?

R. No: las propiedades conocidas de la materia no serán destruidas por las desconocidas, ni las antiguas por las nuevas; por o tanto se puede decididamente

asegurar que la materia nunca pensará, por mas que no conozcamos todas sus propiedades. Porque no hay medio; la materia, ó no ha de ser materia, ó siempre será extensa, y tener partes, etc., y por consiguiente nunca le podrán convenir la simplicidad y actividad del pensamiento. — Es cierto que los efectos de la electricidad y del magnetismo, y otras maravillas de la naturaleza nos admiran, sorprenden y confunden; pero en todos estos fenómenos no se descubre mas que un principio ciego, pasivo, y puramente mecánico, que en manera alguna puede compararse con un principio que conoce, delibera, y obra libremente. Por admirables que sean los efectos de la electricidad, ó de la atraccion, ¿diremos que el fuego eléctrico discurre, ó que la atraccion reflexiona? ¿que tienen movimiento espontáneo?.... Además, todo

1 A estas consideraciones generales y decisivas sobre la electricidad, añadamos otras reflexiones sencillas sacadas de sus propiedades mas conocidas. ¿Cómo ó en qué manera el fluido eléctrico podría estar reservado en los canales del cerebro y de los nervios? ¿Cómo conservarse encerrado por un siglo entero en un craneo (un hombre que viviese cien años), cuando sabemos que las cosas mas pequeñas lo agitan y apartan de su direccion y le comunican los movimientos mas rápidos y mas extraños? ¿Qué fermentacion no habria en todas las cabezas (humanas) en los tiempos de tempestad, principalmente cuando el rayo ó la materia eléctrica fulminante rompe las nubes para descargar sobre la tierra? Estas porciones separadas es preciso hiciesen todos los esfuerzos posibles para unirse á aquel fluido de que fueron parte. — Por otro lado siendo esta sustancia ígnea homogénea á las almas humanas, seria atraida particularmente por ellas mas que por todas las cosas inanimadas; y hé aqui á todos los hombres más expuestos á los rayos que el hierro, plomo, metales y demás materias electrificables, que como sustancialmente diferentes del fluido eléctrico, no sentirian sino muy débiles influencias (lo que es contrario á la experiencia). — Entonces no podríamos contar vivir dos dias sin milagro: la porcion mas pequeña de metal, como conductor eléctrico, nos privaria de la vida: no seria necesario mas que aplicar un pequeño conductor, un cortaplumas, por ejemplo, á la nariz, para extraer el alma á un hombre, y hacerle morir súbitamente; porque como las puntas extraen la electricidad, siendo este fuego eléctrico el alma, se descargaria, digámoslo así, por todo cuerpo que terminase en punta. — ¿Y qué diremos de la mudanza continua de alma que habria, y su

movimiento se compone y divide, lo que en manera alguna se puede aplicar, ni convenir al pensamiento, á no ser que queramos partirle, y presentar ya una cuarta parte, ya la mitad, ó un tercio del entendimiento humano : Bernier justifica plenamente todas estas observaciones, en una carta á M. de la Chapelle. « Mi querido » amigo, le dice, no os habreis olvidado aun como en » nuestras conversaciones convinimos mil veces en que » era imposible, por mas esfuerzos que hiciésemos sobre » nuestro espíritu, concebir que de unos corpúsculos » insensibles, y privados de toda sensibilidad, pudiese » resultar una cosa que estuviese dotada de ella : que » con todos sus átomos, por pequeños, y móviles que » se supongan é imaginen, por cualquiera movimiento » y figura que les den, en cualquiera orden, mezcla » y disposicion que nos los quieran figurar, por industria que sea la mano que los arregle, nunca jamás » podrian hacernos imaginar, que de aquí podía resultar » un compuesto, no digo que fuese racional como el » hombre, pero ni aun puramente sensitivo; como podría serlo el mas vil, é imperfecto gusanillo de la » tierra. »

144. P. ¿No es igualmente difícil concebir la accion del espíritu sobre la materia, y de la materia sobre el espíritu, que una materia inteligente?

sustitucion por otra? Porque si ella no es mas que el fluido eléctrico, es necesario que cada vez que el cuerpo esté debidamente electrizado ella se escape, y se retire; al modo que el agua de un estanque se derrama y rebosa cuando entra en él otra nueva, ó el aire de una habitacion cuando se ventila é introduce aire nuevo, etc. (Hume en efecto en su tratado de la Naturaleza humana dice que el alma es un flujo y reflujó de los corpúsculos movidos, y que nuestra alma de hoy no es el alma que teníamos el año pasado.) Pero una alma que entra y sale en su cuerpo sin que él lo perciba, ni tener la menor alteracion, ni suspension en el sentimiento inefable de sí mismo, de su sér, del *Yo individual*, una alma nueva que en un instante está enterada de todos los asuntos, negocios y conocimientos de la antigua, y que ella se cree que es la misma con la mas íntima y mas irresistible conviccion, no siéndolo, son en verdad maravillas dignas de este siglo.

R. Un célebre epicúreo lo afirmó así, y sus discípulos, ecos unos de otros, no cesan de repetirnoslo¹. Pero esto es querer que las voces *absurdo*, y *difficultad* sean sinónimas, y que *tanto monta* admitir una contradiccion, como confesar un hecho real, cierto, incontestable, de que no sabemos dar la razon. Yo estoy, y me siento íntimamente convencido de que mi alma obra sobre mi cuerpo, y mi cuerpo mutuamente en mi alma; no sé como esto sucede; ¿deberé por eso negar que así sea? ¿deberé creer que no hay tal obrar de uno en otro? ¿que mi alma no obra, ni influye en mi cuerpo, ni el cuerpo, ni cosa alguna obra en mi alma? ¿ó bien que una cosa incapaz esencialmente de pensar, piense? ¡Bello modo por cierto de desatar las dificultades! ¿Será preciso decir que el Sol no alumbra, porque no se puede concebir, como de momento en momento extiende á cincuenta, ó cien millones de leguas una accion, un calor, y colores siempre nuevos? ¿Será necesario creer que somos ciegos, y que real y verdaderamente no vemos las cosas, porque no sabemos explicar, cómo la luz reune en un espacio tan pequeño como el de la retina, la la dimension y vista de todo el mundo?... Ciertamente, una accion de la materia sobre el espíritu, semejante á la que ejerce sobre otro cuerpo ó materia, seria un absurdo; pero como hay una infinidad de modos de obrar, y de estos conocemos muy pocos, y aun estos imperfectamente... ¿De cuántas maneras no obra un cuerpo sobre otro? ¿podemos lisonjearnos de conocerlos todos? El P. Boscowich, y otros muchos newtonianos sostienen que en la accion misma de un cuerpo sobre otro *non datur contactus immediatus*; es decir, que los cuerpos no se tocan inmediatamente, aun cuando se chocan y repelen recíprocamente. Si ello es así, ciertamente no será menos difícil de concebir la accion de un cuerpo sobre otro, que lo es explicar la accion del cuerpo sobre el espíritu.

¹ Tangere enim et tangi, nisi corpus, nulla potest res. *Lucretio*.

§ 2.

145. P. Bien : mas prescindiendo ahora de la eficacia de las razones que prueban la espiritualidad del alma ; no habría algun medio mas sencillo para convencerse infaliblemente de ella?

R. Sí ; una simple reflexion sobre sí mismo es mas que suficiente para convencernos de esta verdad. Yo veo que hay en mí una cosa que piensa : pues preguntese cada uno á sí mismo, si ese sér que interiormente piensa en él, es materia ; y un sentimiento íntimo le responderá con mas precision que todos los sabios del universo ¹ : que un sér que se conoce, y se juzga á sí mismo, que piensa y discurre sobre sus propios pensamientos, que refleja sobre su existencia, y la conoce por un sentimiento íntimo, inefable, indivisible, es evidentemente espiritual. Mas, la idea general de la sustancia la tenemos, la deducimos, y nos convencemos de ella por nuestro sér inteligente, por ese sér que dentro de mí piensa, y podemos llamar el *yo individual* ; pues no hay cosa que mejor se conciba que existe por sí, separadamente de cualquiera otra, que este *sér*, este *yo individual*, que observo y siento en mí. Ahora bien ; tan claro como es que el sér que piensa interiormente en mí es una sustancia, lo es tambien que esta sustancia es indivisible, simple, una verdadera unidad : que es un único *sér individual* que tiene diferentes sensa-

¹ Un hombre de genio la hace hablar así : « Cesa de envilecerte y desnaturalizarte creyendo hallarte todo entero en esa reunion muda de partes, átomos, corpúsculos, barro, lodo. En mí es en quien reside tu grandeza y tu inteligencia : si pude ser unida, y lo fui á la materia vil, fué para darla vida, no para recibirla. Tu cuerpo ha venido á ser mi prision, y mi cadena ; pero cadena que me es dado mover y gobernar. No preguntes á tus ojos por mí ; ellos no me verán : no á tu mano ; no se hizo ella para asirme. Mi esencia es como mi voz ; la oyes, y parece que no ha herido tus orejas. Soy como el Dios á quien adoras ; sientes su poder, y no le ves. Yo soy tú ; pero el instante en que tú no seas mas que yo, aquel será el de toda tu grandeza. »

ciones ¹, ó diferentes ideas, y que las compara entre sí ; que es el mismo sér que se recrea contemplando el esmalte de este prado, y se deleita oyendo el armonioso sonido de la flauta, ó el eco alegre de aquel sonoro caramillo ; que es el mismo sér que se goza de todo esto, y se da razon á sí mismo de este gozo, de este placer. Cuando uno, principalmente en el silencio de la noche, y léjos del ruido de las ocupaciones y cosas externas, aplica á esto toda su atencion, es imposible no sentir cuanto dista esta cosa que piensa en mí, de la parte corpórea, y cuan independiente es de toda imágen, de toda ilusion de los sentidos ². « Cuanto mas me observo » á mí mismo, dice un célebre filósofo (Bonnet), veo » que es imposible darme razon de la simplicidad de » mi sér, si la alma se supone material. He creído ver » distintamente que este *yo individual* es siempre uno,

¹ Llamamos á veces *sensaciones*, y á veces *sentimientos*, á ciertas *impresiones sensibles* que recibe, ó de que es susceptible nuestra alma, y pudieran muy bien comprenderse bajo el nombre general de *sentimiento*, por el cual aqui particularmente entendemos el placer y el dolor, el amor y el odio, la esperanza y el temor, la alegría y la tristeza, etc., de que el alma es susceptible, y que compare entre sí ; de manera que conoce y siente que uno no es lo otro.

² Sine ulla phantasiarum, vel phantasmatum imaginatione ludificatoria mihi esse me, idque nosse, et amare certissimum est. *Aug. de Civ. Dei*, l. 11. — Un poeta del siglo XVI (*Dan. Heins. l. 1, de contemptu mortis*) ha explicado este íntimo é inefable poder del *Yo individual* en el silencio total de los sentidos y de toda la naturaleza, con una energia y elegancia dignas de una verdad tan evidente, y tan profundamente sentida, que contrastan de un modo ingenioso con la frialdad y aspereza del epicúreo Lucrecio :

Nonne vides, quoties nox circumfunditur atra,
Immensi terga Oceani, terramque, polumque,
Cum rerum obduxit species obnubilus aer,
Nec fragor impulsas, aut vox allabitur aures,
Ut nullo intuitu mens jam defixa recedit,
In sese, et vires intra se colligit omnes?
Ut magno hospitio potitur, seque excipit ipsa
Totam intus!
Ut gaudet sibi juncta, sibique intenditur ipsa,
Ipsa sibi tota incumbens, totamque pererrans,
Immensa, immensam spatium, longaque patenti!

» siempre simple, siempre indivisible : que no podía ser
 » una modificación de la sustancia extensa, ni un re-
 » sultado de movimiento, cualquiera que se suponga. He
 » admitido por consiguiente la existencia de una alma in-
 » material, para explicar unos fenómenos á que no po-
 » día satisfacer sin ella. (*Contempl. de la nat. préf. p.*
 » 67). Gasendo pensaba igualmente (t. 2, p. 101), que
 » ninguna cosa mostraba mejor la espiritualidad del alma
 » del hombre, que esta facultad que tiene de reflexio-
 » nar, y reflejar sobre sí misma para conocer sus ideas,
 » y juzgar de sus operaciones : solo un espíritu, dice, es
 » capaz de cosas tan grandes : en efecto, *el ojo no ve, que*
 » *ve, ni el oído oye que oye ; pero el alma humana juzga*
 » *sus mismos juicios.* »

146. P. Esta simplicidad del *yo individual*, conocida evidentemente por sí misma, y por el sentimiento íntimo que la constituye, ¿podría hacerse sensible con algun racionio?

R. Sí, y hé aquí uno, bien sencillo, que por su claridad debe preferirse á otros muchos, los cuales es inútil multiplicar en una materia tan frecuentemente ventilada. Supongamos por un momento que mi alma tiene dos partes : demos que yo oigo á un hombre que me habla, y al mismo tiempo veo su figura, fisonomía, etc. cada parte de mi alma experimentará sin duda alguna sensación ; pero la una no experimentará la de la otra, porque la una no es la otra : por consiguiente, si cada parte no percibe mas que una, no la podrá comparar con la otra ; la parte A no podrá comparar su sensación con la de la parte B que no tiene ; á la parte B le sucederá lo mismo, y aun ignorará si su compañera ha experimentado sensación alguna. Es así que yo comparo fácilmente las diferentes impresiones que mis sentidos me transmiten á la vez ; luego el principio que recibe y compara estas dos ideas ó impresiones, no puede ser compuesto de partes ; sino que debe ser perfectamente simple, y perfectamente uno ¹.

1 El autor de las *Cartas Helvianas* presenta esta observacion bajo diferentes puntos de vista que aumentan la impresion, y hacen mas sensible la verdad aun á las personas mas rudas. » Si la

147. P. ¿El *yo individual* no existe también, segun el dictámen de Buffon, en los animales, aunque con menos extension?

R. Este sabio naturalista cayó en este error, porque suponía que el *yo individual* no se componía precisamente sino de *sensacion y memoria* (t. 4, p. 52) ; pero como el *yo individual* es puramente intelectual, y reflejo, y efecto y fruicion del pensamiento, es evidente, segun los principios que el mismo naturalista ha estable-

» sustancia inteligente, dice, es materia, la parte de mi alma
 » que ve la copa de aquella encina, no será la que ve sus ra-
 » mas, ni esta será la que ve el tronco que las sostiene. Tantas
 » cuantas hojas distinga en aquel árbol, otros tantos serán los
 » séres pensantes que haya en mí ; los cuales deberán ser millo-
 » nes, porque la parte que piensa en la derecha, no es la que
 » piensa en la izquierda ; la que afecta la vista y el pensamiento
 » de las hojas de arriba, no es la que afecta la vista y pensa-
 » miento de las de abajo ; la vista y pensamiento de cada punto
 » de una misma hoja, afecta otros tantos puntos diversos, y cada
 » uno de ellos será pensante : primer absurdo. — Mas : cada uno
 » de estos séres, cada una de estas partes pensantes, no ve mas
 » que una parte infinitamente pequeña de esta encina ; cada uno
 » de ellos ignora el pensamiento del inmediato que le toca ó se le
 » sigue, y sin embargo cada uno de estos séres pensantes cree
 » verla toda desde la copa hasta las raíces, y se figura que piensa
 » sobre toda ella, aunque no piense sino en una parte pequeñí-
 » sima : segundo absurdo. — Ninguno de estos séres pensantes
 » ve á un tiempo la encina y el arbustillo que se cria y crece á su
 » lado, ninguno puede pensar á un mismo tiempo en los dos, y
 » sin embargo todos á un tiempo hacen comparacion entre la
 » encina y el dicho arbustillo ; todos juzgan á un tiempo las di-
 » ferencias que hay del uno á la otra : tercer absurdo. — ¿ Se
 » nos querrá decir que el pensamiento del arbustillo y el de la
 » encina subsisten en cada parte del sér pensante material ? En-
 » tonces el mismo pensamiento idéntico estará en mí tantas ve-
 » ces cuantas sean las partes de la materia inteligente, tendré
 » cien veces á un tiempo el mismo pensamiento, y creeré que no
 » le tengo sino una sola : cuarto absurdo. — ¿ Se quiere que mi
 » pensamiento, ó las partes de mi pensamiento, varien segun las
 » diferentes partes de la inteligencia material ? Entonces mi
 » pensamiento en el centro no será el que es en la circunferencia
 » ni á la derecha el que es á la izquierda, el de arriba lo que es el
 » de abajo : quinto absurdo. »

cido sobre la naturaleza del hombre y de los animales, que no puede hallarse en los brutos.

148. *P.* Si ese sentimiento de mí mismo, de ese *yo individual*, es tan íntimo, y tan exclusivamente propio del alma espiritual, ¿cómo es que se pierde en un desmayo, ó desvanecimiento, en un síncope, y aun en el sueño?

R. Sin necesidad de recurrir á la opinión de aquellos filósofos que dicen que el alma está siempre actualmente pensando, aunque no siempre conserva la memoria de sus pensamientos, observaremos, 1º que el sentimiento íntimo de sí mismo, del *yo individual*, existe cuando el alma se ocupa de él, y reflexiona sobre sí misma; pero nada hay que pruebe que debe ocuparse siempre en esto, y estar haciendo continuamente reflexion de su existencia. 2º Si segun las leyes inviolables establecidas por el Criador, los órganos corporales concurren á todas las operaciones del alma, es una consecuencia natural y necesaria que su descomposicion, desorden ó confusion, ó su completo silencio tengan al alma en inaccion. 3º Si el alma no pudiese dejar de pensar y raiocinar, el sueño no repararía las fuerzas del cuerpo; porque sus órganos no tendrían reposo, estando, como debían estar, por el concurso que deben á dichas operaciones, fomentando incesantemente la vivacidad del espíritu que los anima. 4º En el estado en que están las cosas humanas, conviene que el alma pueda en alguna manera sustraerse á sí misma, cerrar, por decirlo así, los ojos del entendimiento, como los del cuerpo á los objetos de tristeza, inquietud, ó de una aplicacion excesiva: en una palabra, que pueda cesar de sufrir, y obrar. Esta es una interrupcion saludable, una especie de libertad pasajera que mitiga el dolor, suaviza el trabajo, y renueva, digámoslo así, la existencia. 5º Si el alma estuviese presente á sí misma durante el silencio de los órganos corpóreos, este sér activo privado de aquel auxilio indispensable para sus operaciones, reducido á una inaccion forzada, experimentaría un tedio funesto, y el reposo del cuerpo sería un suplicio para el alma. « Si esta sustancia viva y eficaz, dice un filósofo, no cesase de estar presente á sí misma cuando le faltan los instrumentos de sus operaciones, y por esta causa

pierde sus relaciones con todo lo que existe, ella en medio de esta multitud de séres, se hallaría en una soledad espantosa; como aquella Reina desventurada que no veía en una ciudad magnífica y populosa mas que un desierto. »

Semperque relinqui
Sola sibi, semper longam incomitata videtur
Ire viam, et Tyrios desertá quærere terra.

Aeneid. 4.

Y entre acerbos martirios,
Transitar siempre sola se imagina
Por senda dilatada; y que camina
Buscando por los yermos á sus Tirios.

149. *P.* ¿Y las operaciones del alma prueban tan claramente su espiritualidad, como la prueba el sentimiento de sí misma?

R. No es posible imaginar que una sustancia que produce esa multiplicidad instantánea de actos diversos, que se arroja y vuela por los espacios inmensos, que mide y pesa en algun modo el sol y las estrellas, y las numera; que hace de todo el universo el vasto campo de sus operaciones, y se eleva hasta el invisible y magnífico autor de este gran edificio, le contempla y adora¹; no es posible, repito, imaginar que una sustancia semejante sea de una naturaleza terrena y mortal. Los filósofos antiguos y modernos han expuesto esta reflexion con toda la solidez de que es susceptible².

1 El conocimiento de Dios, la idea del gran Señor del mundo, del principio y fin de todas las cosas; esdon natural y exclusivo del entendimiento humano, al que no puede en manera alguna alcanzar el instinto mas sutil de los animales mas dóciles y sagaces; idea que es por lo comun tan viva, tan llena de afectos y de sentimiento en los hombres mas rudos, en los cristianos mas sencillos é ignorantes, hé aqui la gran dignidad del hombre, el verdadero título de su gloria, el sello de su origen divino: *Quid est homo quia innouisti ei?* Ps cXLIII.

2 Sic sentio cum tanta celeritas animorum fit, tanta memoria præteritorum, futurorumque prudentia, tot artes, tanta sapientia, tot inventa, non posse eam naturam, quæ res eas contineat, esse mortalem. (Cicer. de Senect. c. 2, 1.) Véanse las *Noches de Young*, Noche IX, el *Antilúcrecio*, lib. 5, v. 116. — « Muéstrese

150. P. ¿Y es positivamente cierto que estas magníficas operaciones del alma son espirituales é inmateriales? ¿No leemos en muchas obras del día que la *inteligencia no es más que un tacto en abstracción*?

R. Esta extravagante y ridícula definición de la inteligencia, es una pura mezcla ó combinación de palabras contradictorias. ¿Quién ha oído hasta ahora un *tacto en abstracción*, ó que el *tocar ó palpar es abstracto*? ¿El tacto es otra cosa que el contacto de un objeto presente, sensible, material? ¿Pues cómo puede decirse abstracto? «El alma, dice Buffon (*t. 2, l. 7, p. 445, Hist. nat.*) se
» une íntimamente al objeto que le agrada; la distancia,
» el grandor, la figura, nada puede impedir esta union;
» cuando el alma la quiere, ella se hace, y se hace en
» un instante.... ¿La contemplacion seria un simple
» tacto? ¿Cómo podria verificarse este contacto en un
» objeto distante, en un objeto *abstracto*, etc., etc.?» Pero en fin, llámese como se quiera, sea el entender un *tocar abstracto*, ¿pero quién es el que toca? ¿Cuál es el principio que hace este contacto? hémos aquí reducidos otra vez al alma, á ese principio íntimo é indivisible, á ese sér que sentimos dentro de nosotros mismos, que piensa y siente, á ese *yo individual*, que no podemos negar, aunque queramos, y que como dijimos poco ha,

» me, dice J. J. Rousseau (*Emil. t. III, p. 65.*), otro animal sobre
» la tierra que sepa hacer uso del fuego, y admirar el sol. ¡Qué!
» yo puedo observar, conocer los séres y sus relaciones; puedo
» sentir que es órden y virtud; contemplar el universo, elevarme
» hasta la mano poderosa que lo gobierna, amar el bien, y obrar
» le; ¿y me compararia á las bestias? Alma baja y vil, esa funesta
» filosofía es la que te hace semejante á ellas; ó mas bien, eres tú,
» que en vano quieres envilecerte. A sola la palabra *Alma* (dice
» un autor menos célebre, pero comunmente mas sabio) experi-
» mentamos en nosotros mismos una afecion sublime que nos
» une al Sér eterno, se vislumbra un rayo de la divinidad que se
» difunde sobre nuestros deseos y pensamientos; nos elevamos
» hasta la fuente y principio de todas las criaturas, y reconocemos
» más que el hombre no ha nacido para sepultar su existencia en-
» tera en las entrañas de la tierra. No hay cosa que despierte me-
» jor al hombre de su letargo que la idea del alma, dice San
» Agustin: Este pensamiento le da tales golpes que resuenan
» hasta en la eternidad. »

él mismo es la expresion y la prueba de su inmateria-
lidad.

151. P. Si en algunos hombres se muestra el alma con una dignidad conveniente á un origen divino, ¿no parece en otros tambien como que se hace terrena, y se pone casi al nivel de los brutos?

R. 1º Es muy fácil explicar esta diferencia. Con un instrumento defectuoso el artífice mas perfecto, el mas gran artista, no hará cosa que sea digna de su destreza. Nosotros hallamos la razon de la estupidez aparente de un sér espiritual en los órganos poco adecuados ó proporcionados á sus operaciones; pero ¿cuando nos explicarán los materialistas las maravillas de una materia capaz de pensar?

2º El alma humana no se ha de considerar en el estado de su humillacion, sino en el de su grandeza; y pues que es capaz de elevarse á tanta altura, como hemos visto, sean las que se quieran las trabas que la impidan remontarse, de ningun modo puede ponerse en paralelo con los brutos. El buey, por mas bien organizado que se le suponga, siempre es buey, todo su mundo es un prado, y todo el vigor y energía de su alma se reducirá á pacer la yerba que brota en él. La *mona* siempre será mona, y sus mas sublimes operaciones serán monadas y hacer muecas¹... Ninguna cosa puede obrar sin existir; pero puede muy bien existir sin estar obrando siempre. Yo soy capaz de pensar ó formar pensamientos, pues que algunas veces los formo y pienso; pero no dejo de ser capaz de formarlos, porque no los forme siempre. El fuego ¿por ventura deja de ser ardiente porque detengan su actividad? No juzgamos de las facultades del cuerpo humano por los ciegos, cojos, ó tullidos, ¿y se querrá que juzguemos de la actividad del alma por los hombres rudos, estúpidos é idiotas? Tal modo de raciocinar es un insulto á la naturaleza humana².

1 De aquí el proverbio comun: *Simia semper simia: Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.* Véase el núm. 175.

2 *Ex gentibus illis tam inhumanis non oportet ab æquis iudicibus convicium fieri naturæ humanæ.* Porphir, l. 1, de Abstin.